

## **MEMORIA DEL VIAGE A FRANCIA: EXPERIENCIAS DE UNA VIAJERA ARGENTINA DEL SIGLO XIX**

Norma ALLOATI  
*Universidad Nacional de Rosario*

**Palabras clave:** Literatura de viajes, viajeras argentinas, viaje a Francia, siglo XIX.

**Resumen:** En Argentina, Eduarda Mansilla suele ser reconocida como la *primera viajera* que publica sus experiencias en *Recuerdos de viaje* (1882). Sin embargo, en 1850, se había editado la *Memoria del viage a Francia de una argentina de la provincia de Buenos Aires*, escrita por Francisca Espínola de Anastay. El viaje del matrimonio formado por una argentina y un francés habría quedado en el olvido si no fuera porque ella decidió compartirlo con sus amigas y parientes a través de la *Memoria*, un relato que puede ser dividido en dos grandes partes. La primera coincide con el itinerario marítimo, narrado como diario de a bordo. La segunda refiere la travesía por las ciudades francesas y en ambas, la religiosidad de la narradora aparece en la agenda que construye todo el relato.

**Mots-clés :** Récits de voyages, voyageuses argentines, voyage en France, XIX<sup>e</sup> siècle.

**Résumé :** En Argentine, Eduarda Mansilla a longtemps été considérée comme la première voyageuse ayant consigné ses expériences dans *Recuerdos de viaje* (1882). Cependant, en 1850, Francisca Espinola de Anastay avait déjà publié *Memoria del viage a Francia de una argentina de la provincia de Buenos Aires*. Le voyage du couple légitime, (constitué d'une argentine et d'un français), aurait été oublié

si Francisca Espinola de Anastay n'avait pas décidé de le partager avec ses amies et ses parents à travers la *Memoria*..., une histoire qui peut être divisée en deux parties. La première sous forme de journal de bord décrit la traversée en mer. La seconde raconte les déplacements des époux à travers les villes françaises ; les deux parties étant profondément empreintes de la religiosité de la narratrice.

**Keywords:** Travel narratives, travelling Argentine women, trip to France, 19<sup>th</sup> century.

**Abstract:** In Argentine, Eduarda Mansilla is recognized as the first woman traveler who publishes her experiences in *Recuerdos de viaje* (1882). However, in 1850 was edited *Memoria del viage a Francia de una argentina de la provincia de Buenos Aires*, written by Francisca Espínola de Anastay. The trip of the married couple formed by an Argentine woman and a French man would have been forgotten if she had not decided to share it with her friends and relatives through *Memoria* a story that can be divided in two significant parts. The first one coincides with the overseas itinerary, told as a logbook. The second one refers to the journey across the French cities and in both the religiosity of the narrator appears in the agenda that underlies the whole story.

En marzo de 1850 un matrimonio formado por una argentina y un francés se embarca en Buenos Aires rumbo a Marsella, como tantos otros viajeros. Su viaje habría sido olvidado si no fuera porque ella decide compartir esta experiencia, novedosa en su vida, con sus amigos y parientes y lo hace a través de una *Memoria* que, publicada en Marsella y según sus previsiones, traerá noticias suyas a Buenos Aires unos meses más tarde. ¿Quiénes son esa mujer y su marido? ¿Para qué hacen tan largo viaje? El análisis de la *Memoria del viage a Francia de una argentina de la provincia de Buenos Aires* brindará una primera aproximación a esos interrogantes y permitirá reubicar al relato como el primero en su tipo escrito por una mujer en Argentina (Alloatti, 2011: 1), posición en la que siempre ha sido reconocida Eduarda Mansilla (1834-1892) por su libro *Recuerdos de viaje*, editado en 1882.

## ¿QUIÉN ES F.E.D.A.?

El libro es enigmático al momento de hallar información genealógica y conveniente de la autora. Las cuatro letras mayúsculas a modo de abreviatura, F.E.D.A., encerradas en un filete simétrico, no suministran a primera vista ningún indicio sobre la filiación de esta mujer. Dos textos bíblicos en latín, traducidos al español completan la portada, que muestra el pie de imprenta del año 1850, lo que demuestra que la *Memoria del viage* se publica apenas se asientan en Marsella, en la casa Carnaud, que estaba bajo la dirección de Luis Barras.

## RAÍCES

La mujer intenta armar su relato desde el designio de cumplir con quienes le han pedido “[...] les enviara la relacion circunstanciada de mi viage” (F.E.D.A., 1850: 4). La separación de las mujeres de su confianza la inducen a poner manos a la obra. Esta escritora *ad hoc* comienza a usar la pluma ni bien suben al barco, mas lo primero que hace serán unas cartas que llegarán a tierra antes de que la nave abandone el puerto. Aunque durante siglos hubo mujeres en viaje, como señala Vanesa Miseres en su estudio sobre el relato de viaje y la construcción de la nación, es en el siglo XIX cuando este tipo de narración “[...] comienza a ser más popular entre las mujeres, no sólo por ser lectoras del género, sino también por emprender más frecuentemente sus propios viajes y escribir sobre ellos” (Miseres, 2011: 2). La *Memoria* es una muestra clara de esta práctica ya que su autora emprende una travesía hacia lugares extraños para ella y narra sus experiencias, reuniéndolas en un texto destinado a las “apreciables Parientitas y queridas y muy distinguidas Amiguitas” (F.E.D.A., 1850: 3) que quedan en el Río de la Plata.

Una mujer que, en evidencia, es letrada pero que no da señales de pertenecer a ningún sector de la sociedad rioplatense identificable por parentescos o procedencia familiar ni social de notoriedad, que en su relato habla directamente a otras mujeres que conoce, de modo que da por sobreentendidos muchos nombres y circunstancias. Su propio nombre aparece pocas páginas antes de concluir el libro. Mientras reside en Marsella, la mujer y su marido visitan el cementerio y ella anota su epitafio. Allí es donde asienta su nombre completo: “A la fúnebre memoria de la Sra. Doña Francisca Espinola de Anastay...” (F.E.D.A., 1850: 137), con lo cual dilucida todas las abreviaturas que están en la portada del libro. Mientras que la identidad de su marido aparece solapada en el apelativo *Esposo* muchas veces y otras por el apellido Anastay. La autora delinea rastros difusos sobre la edad de ella y de su marido al viajar. La única suposición posible es que hay años de diferencia entre ellos. Ella lo deja entrever en varias ocasiones, pero es en Montpellier donde señala que “[...] aunque vamos con todas las comodidades siempre se padece algo y mucho mas él á su edad” (F.E.D.A., 1850: 92). No ha sido la Memoria sino el *Censo de la ciudad de Buenos Aires* levantado en 1855 lo que ha permitido obtener valiosa información del matrimonio Anastay. Las referencias del Censo muestran que los Anastay habían regresado de Francia y habitaban una casa en el n° 136 de la calle San Francisco (en la actualidad llamada Moreno) en la intersección con Chacabuco, caracterizada como “esquina de teja”. Allí quedan registrados “Andrés Anastai”, de 80 años, de nacionalidad francesa, nacido en Marsella, de profesión panadero, que lleva 31 años residiendo en Argentina y “Francisca Espínola” de 60 años, nacida “en la ciudad” como “dueña de casa”. En la misma dirección figuran 3 hombres más: un argentino y dos extranjeros que trabajaban con el matrimonio. Estas referencias muestran que al momento del viaje

Anastay contaba con 75 años y Francisca con 55, lo que confirma la diferencia de edad mencionada por la mujer.

Por otra parte, Francisca sugiere su filiación familiar ancestral cuando visita el templo de Santa Ana en Marsella. Aunque la evocación de sus padres es informal y se asocia a lo religioso, los nombres de pila de su padre y de su madre coinciden con otros testimonios. Francisca dice: “en uno de los altares colaterales está el señor San José y en el otro señora Santa Ana ¡qué cosa tan igual! Digo, mi padre se llamaba José Antonio, mi madre Ana María” (F.E.D.A., 1850: 128). Los mismos nombres aparecen en un registro parroquial, en un acta de bautismo fechada el 2 de abril de 1793 que identifica a María Francisca Espínola como hija de José Antonio Espínola y Ana María Salazar<sup>1</sup>, datos que, por lo tanto, coinciden con los de Francisca y con la edad declarada en 1855. Los datos sobre la profesión de Anastay que era panadero, por su parte, pueden asociarse a la mención de su negocio apenas suben al barco, ya que Francisca escribe algunas cartas que el práctico de a bordo llevaría a tierra al terminar sus maniobras, cartas que recomendará entregar en una panadería (F.E.D.A., 1850: 12). El tema reaparece en una confitería de Marsella cuando siente admiración por la *variedad de platos* en particular los *dulces tan finos*, que son presentados en vidrieras y locales decorados con plantas y con mucha higiene. Y cuando hace referencia al pan de esa ciudad, calificándolo como “especialísimo, bien trabajado y bien cocido” (F.E.D.A., 1850: 124) y muy blanco, pero poco gustoso según su marido, características que en cambio, para él, sí poseía el pan en Argentina. Años después, en el *Diccionario*

---

<sup>1</sup> *Familysearch.org*. Disponible en [familysearch.org/pal:/MM9.3.1/TH-266-12125-990-14?cc=1469065](https://familysearch.org/pal:/MM9.3.1/TH-266-12125-990-14?cc=1469065)

Recuperado 18 de may., 2011.

de Buenos Aires bajo el rubro “panaderías” el negocio aparece bajo el nombre de “Dalmacie, N.” (Pillado, 1864: 290), en el mismo domicilio de los Anastay.

## LA PATRIA COMO NOSTALGIA

Iniciado el viaje de ultramar, unos días después de la partida, Francisca destaca el 30 de marzo porque es el aniversario del “[...] natalicio feliz de mi Sor. Gobernador, y tuyo tambien, dije a Anastay; mío como Argentina, y vuestro porque has residido en la Confederacion el prolongado tiempo de veinte y ocho años” (F.E.D.A., 1850: 23). Francisca distingue las nacionalidades de ambos, pero incluye a su marido en su propia patria, donde él ha residido por décadas. Según esa acotación Anastay habría llegado en 1822 al Río de la Plata, lo que se confirma en un registro sobre “entrada de pasajeros” al puerto de Buenos Aires que anota “Ardiray Anastasio” como apellido y nombre, respectivamente, de nacionalidad y procedencia “Marsella”, de profesión “panadero”<sup>2</sup>, registro que, a pesar de las diferencias léxicas coincide con las apreciaciones de la *Memoria*. Por otra parte, su profesión de panadero está registrada en un suceso policial de 1833<sup>3</sup>.

La recurrencia de la autora a identificarse con su patria de origen está a lo largo del libro, con los recuerdos, la nostalgia y la constante comparación entre Buenos Aires y lo que ve en Francia. Asimismo,

---

<sup>2</sup> *Guía genealógica*, disponible en <http://pasajeros.guiagenealogica.com/imagina.php?k=Njg4NjcwMS0wMDUzNzU4> Recuperado 16 de may., 2011.

<sup>3</sup> El 26 de enero de 1833 en la 1º Sección de la Policía de Buenos Aires, queda registrada la detención de Raymundo Cabrera por “robo de pan á D. Andres Anastay”. (*Índice del Archivo*, 1860: 146).

la extensión de su nacionalidad al marido se formula cuando le recuerda que los federales siempre lo han conceptualizado bien, al punto que “el Sr. Blanco te dijo un domingo: Sr. de Anastay, Vd. Puede ir á votar para que nuestro Sr. Gobernador subsista, pues es Vd. ya como un Argentino” (F.E.D.A., 1850: 24). En el Río de la Plata desde agosto de 1821 se había establecido por Ley electoral el voto obligatorio de los varones libres, nacidos en el país, con 20 años o más (antes de los 20 si fueran emancipados) sin restricciones de ninguna clase (fortuna, educación, etnia) en la que también podían participar los “avecindados”. Según Marcela Ternavasio (2009: 141) “la ley de sufragio cristalizó un régimen representativo muy novedoso para la época al estipular, [...] un sistema de elección directa, de sufragio activo amplio”. La elección de representantes es una práctica ciudadana reformulada durante el gobierno de Rosas, ya que pasa de ser “un sistema de competencia electoral entre notables” cuyas listas de candidatos se dan a conocer a través de la prensa, a ser “un régimen de unanimidad, con reducida o nula competencia entre líderes y con listas únicas e candidatos aprobados por el gobernador” (Salvatore, 1998: 356). La participación de los vecinos, afincados en la ciudad o en la campaña era frecuente, máxime si a ellos se les reconocía suficiente afección por el régimen federal. Los votantes asistían a las mesas electorales para firmar, marcar con una cruz o dar consentimiento verbal de aceptación a la lista. Anastay era francés por lo que no podía ser sufragante, pero después de tantos años de residencia no era extraño que se intentara incorporarlo a las elecciones como avecindado.

Sin embargo, en la *Memoria* no hay indicios de que el marido de Francisca haya asistido a algún acto electoral. El texto, en cambio, expresa adhesión a la vida cotidiana reglada por las leyes federales. El uso de la frase “¡Viva la Confederacion Argentina!” que lo encabeza es una señal de esa fidelidad, ya que el libro que fue publicado en

Marsella podría haber evitado su inclusión. Pero como el objetivo de la *Memoria* es que la lean sus amigas y parientes que viven bajo el régimen rosista, la frase introductoria se convierte en pasaporte de regreso.

La Confederación Argentina había sido creada a partir de la firma del Pacto Federal, en 1831. Esta alianza sellada por tres provincias de tendencia federal, aledañas al litoral fluvial del Paraná (Santa Fe, Entre Ríos y Buenos Aires), intentaba regular las relaciones interprovinciales y aunar esfuerzos para lograr las bases de organización de un estado nacional. Una causa que se consolida aún más cuando se delega la conducción de las relaciones exteriores al encargado del gobierno de Buenos Aires, el gobernador Juan Manuel de Rosas, en febrero de 1835. El ejercicio de tal magistratura otorga al gobernador porteño cada vez más injerencia en los asuntos de la Confederación, tales como la campaña contra el mariscal Santa Cruz, representante de la Confederación peruano-boliviana (1837-1839). Asimismo, el bloqueo francés de 1838-1840 y el bloqueo de las fuerzas combinadas de Francia y Gran Bretaña entre 1845 y 1848, significan para Juan Manuel de Rosas una fuente de prestigio político que trasciende las fronteras de su provincia. Aunque la Confederación se mantiene hasta la sanción de la Constitución Nacional de 1853, en el extranjero su nombre se conservó un tiempo más. En 1857, cuando Lina Beck Bernard acompaña a su marido Carlos Beck para promover la colonización agrícola en la provincia de Santa Fe, escribe sus impresiones del viaje y de su estancia en nuestro suelo. Si bien el libro de la alsaciana se titula *Le Rio Parana: cinq années de séjour dans la République Argentine*, se refiere al territorio como Confederación, usando el término que denominaba al territorio occidental del Río de la Plata.

Espínola remarca su identidad en el título de la *Memoria* diciendo que es una *argentina de la provincia de Buenos Aires*. Esto evidencia



lo que Vanesa Miseres (2011: 2-3) estudia en las viajeras del siglo XIX: el “posicionamiento de cada una de ellas frente a la experiencia vivencial e ideológica del contexto histórico-cultural tanto del espacio propio como del visitado”. Aunque la colocación de las mujeres dentro de los asuntos públicos y políticos de la sociedad es considerada marginal y mediada por las figuras varoniles en el siglo XIX, las enunciaciones que ellas realizan también dan cuenta de sus enfoques, a veces similares, pero a menudo más flexibles que los discursos masculinos ante conceptos como familia, modernidad, nación, lo que hace a estos relatos portadores de “diálogo con los códigos culturales de su tiempo y, en consecuencia, con los discursos fundacionales, sus retóricas, y los proyectos de nación latinoamericanos” (Miseres, 2011: 5).

Este diálogo es patente en el relato de Francisca Espínola que en el inicio incluye versos cortos llamados “Despedida a mi Patria” con el subtítulo ¡Viva el gran ROSAS!, que aluden primero a la tierra que se abandona: “A Dios, rivera del Plata” y “A Dios, suelo en que nací” son las marcas territoriales del discurso. Luego habla del gobierno: “Un justo y sabio gobierno, / Amoroso y paternal, / Os dará miles de gloria / Que yo no he de disfrutar” (F.E.D.A., 1850: 7). Después refiere al viaje como regalo de su marido y a la religiosidad de ambos que es el refugio para las incertidumbres que le planteará la navegación y los temores que siente al alejarse de la “dulce Patria,” de la “cara Patria” (F.E.D.A., 1850: 7). Las imágenes que construye en estos versos se refieren a su propia conexión con la *nación* argentina, puesto que Anastay es francés. La *Patria* siempre es mencionada con mayúsculas y respaldada por cualidades positivas. La alusión más destacada a *su* patria es la que hace en las loas y versos, el 25 de mayo, como remembranza del “día de glorioso renombre para mi Patria” (F.E.D.A., 1850: 76). Vítores para la Confederación, su gobernador y los representantes

en el gobierno. Loas para Manuelita Rosas, que acompañaba a su padre en las actividades de la vida política porteña, alabanzas que se extienden también a *las bellas Argentinas* y *todos los Argentinos* que hayan glorificado a la patria.

Como Francisca lleva varios días en viaje los principios del federalismo se exponen a la distancia, corroborando el sentido que poseen las fiestas mayas y julianas durante el gobierno rosista. No sólo sirven para rememorar la Revolución de Mayo (1810) y la Independencia argentina (1816), sino que también permiten asociar a los líderes federales y a sus ejércitos a las gestas por la defensa patriótica. El uso de versos y homenajes patrióticos se había hecho frecuente desde los primeros tiempos de la revolución. Al respecto, señala Graciela Batticuore que Juan María Gutiérrez llama *poesía patriótica argentina* a ese conjunto de voces que fomenta una lírica local. Agrega la estudiosa que esas obras cumplen “una función netamente pedagógica: *educa* a los diversos actores sociales en los principios revolucionarios” (Batticuore, 2011: 81). Es curioso que en el relato Francisca Espínola remarque su simbiosis personal con la patria en tiempos en los que las mujeres representaban una posición subsidiaria respecto de los varones de la familia y no poseían ciudadanía. Su relación con el poder ha sido definida como la de la *maternidad republicana*. Francine Masiello (1997: 49) destaca la idea de patriotismo desde el hogar ya que “se pensaba que las mujeres sólo podían dejar su marca en la sociedad a través del deber doméstico”. La maternidad como condición biológica y las obligaciones familiares que se derivaban de ella, habilitaba a las madres como trasmisoras de valores patrióticos que serían ejecutados sólo por los varones, únicos poseedores del ingreso a la vida pública.

Además de las manifestaciones destacadas, de los homenajes a la patria y al gobierno, en la *Memoria* Francisca se acerca al tema político en oportunidad de mencionar la figura de su padre, que

le había delegado una obediente devoción a la Virgen de los Desamparados:

[...] en los ultimos días de su existencia, me dijo mi finado Padre: «Te encargo mucho, hijita, que nunca dejes de practicar las devociones que te hemos enseñado, ni olvides ni abandones jamas la devocion á Nuestra Madre y Señora de los Desamparados, [...] sabes que yo la merezco señalados beneficios, siendo muy singular el de cuando entraron los doce mil ingleses en esta nuestra patria» (F.E.D.A., 1850: 55).

El testimonio de la participación de su padre en las huestes militares de la defensa de Buenos Aires, durante las jornadas de julio de 1807, cuando las tropas inglesas intentaron apoderarse de la ciudad por segunda vez, es otra de las representaciones patrióticas aunque en el texto se asocia netamente a un discurso religioso. Sobre ese suceso, es conocida la marcha de las tropas británicas desde el límite oeste hacia la Plaza Mayor en columnas paralelas por las calles céntricas de la ciudad. En ese recorrido, los ingleses fueron atacados por los vecinos desde las azoteas con todo tipo de armas, hasta que finalmente se apoderaron de la Residencia, el Hospital de Santa Catalina, los templos de Santo Domingo, San Francisco y el monasterio de las monjas de Santa Catalina de Siena. En Santo Domingo, los británicos resistieron los avances de las fuerzas locales desde la única torre que tenía el templo y recuperaron sus banderas que un año antes había tomado Santiago de Liniers y había depositado como ofrenda a los pies de la imagen de la virgen. Cuando las fuerzas rioplatenses lograron vencer a los invasores, los estandartes fueron restituidos al templo. Francisca se piensa “argentina” y lo señala, identificándose con los símbolos nacionales, aunque incurra en confusiones fonéticas,

como puede apreciarse en la breve nota del domingo 14 de abril: “[...] A las diez de la noche canté con el Sr. de Roqué la canción de la Patria: «Hoy, mortales, el grito sagrado, etc» (F.E.D.A., 1850: 38). La permuta de “oíd” por “hoy” del primer verso del Himno Nacional Argentino, meramente fonética hace suponer que el texto escrito de la canción patria no había estado en manos de la autora, que bien pudo haberlo aprendido por transmisión oral o por participar en las fiestas patrias, cuando éstas se realizaban en las plazas y calles de la ciudad. La imagen que ofrece Francisca, a diferencia de la asociación que la retórica escolar ha hecho del Himno Nacional con Mariquita Sánchez de Thompson, atribuyéndole un rol principal en la *primera* interpretación de la canción patria en sus tertulias, da cuenta de prácticas menos formales, como las fiestas populares que, año a año, se celebraban en Buenos Aires, en especial en la Plaza de la Victoria, por lo general ornamentada con arquitectura efímera acorde a la conmemoración o a la festividad que se oficiaba. Juan Carlos Garavaglia remarca el sentido de *plaza pública* que alcanza este sitio, recalcando que “su rol iría creciendo hasta convertirse, como es notorio, en el ámbito simbólico que expresa por excelencia la presencia física del *pueblo*” (Garavaglia, 2007: 69).

En suma, los elementos que conforman la identidad nacional son compartidos por todos los sectores de la sociedad que de un modo u otro participan del universo simbólico creado en torno a la revolución. “A partir de 1810 se había creado una liturgia cívica que abarcaba la instauración de un aparato simbólico que pudiera reemplazar al español”, señalan las autoras de *Mayo de 1810: entre la historia y la ficción discursivas* (Pilia de Assunção, Ravina y Larranaga, 1999: 31). Más adelante, cuando se plantea la instauración legal de la celebración del 25 de mayo, en 1812, los festejos populares forman parte del mismo aparato simbólico propuesto por las autoridades, que se diseminan por calles y quintas, por estancias, navíos

y cuarteles. Las fogatas, concursos y sorteos de ayudas para artesanos y niñas huérfanas, los bailes, comparsas y mascaradas, al igual que las representaciones teatrales se conjugan en gestos identitarios que marcan la impronta patriótica de quienes participan en ellos. En la *Memoria* el uso constante a lo largo del relato del posesivo *mi patria* para los homenajes patrióticos, para las comparaciones arquitectónicas o costumbristas, para las evocaciones amistosas y religiosas, prueba un nexo palmario entre mujer, cultura y nación. En Francisca Espínola este lazo aparece remarcado quizás porque su marido es extranjero; la identidad que se subraya es la de su propio origen que ella intenta no perder. Varias veces se lamenta de haber tenido que abandonar ese suelo tan querido para ella; lo hace con expresiones dramáticas, lamentando “[...] la herida ya cerrada pero no cicatrizada que me causó la pérdida irreparable de mi querida hijita y de mi amada patria, ¡oh desgracia!” (F.E.D.A., 1850: 121).

En otros momentos del relato la *identidad argentina* de Francisca parece diluirse. Ante sus dudas sobre el regreso al Río de la Plata, dará lugar al deseo de su marido de que ella aprenda francés. Asimismo, proyecta hacerse un retrato para enviar a Argentina que aún no ha decidido si hará a la usanza francesa, con gorra, ya que ella la ha adoptado como vestimenta, tanto que “los mismos franceses y francesas dicen á Anastay que parezco del pais” (F.E.D.A., 1850: 133). El interés por la mimesis con las lugareñas proviene, en principio, de la idea imprecisa que Francisca tiene sobre la razón del viaje. Ella sostiene desde el comienzo, cuando repasa las dificultades habidas para resolverse a acompañar a Anastay, que él debía atender negocios relativos a propiedades que poseía en Marsella. Así, él le había planteado que “al momento veria corredores que buscarian compradores, y vendiéndose las tres casas volaria á tu lado” (F.E.D.A., 1850: 11), lo que estimaba hacer en un tiempo no menor de un año.

Ya establecida la nueva residencia en Marsella, después de visitar otras ciudades, Francisca anota que han arrendado una casa, porque las propias están alquiladas. Ella, devota, agradece a la virgen por estar en su nuevo hogar: “Ya estoy situada en esta ciudad á la par de un buen esposo; en Vos pongo toda mi esperanza” (F.E.D.A., 1850: 138). Este momento de la nueva ubicación familiar prácticamente coincide con el cierre del relato y es cuando Francisca deja traslucir algunas especulaciones acerca de una estadía permanente en Francia. Ella no sabe si regresará a su patria, lo añora, pero también se muestra deseosa de que sus corresponsales de Buenos Aires la visiten en Marsella. Un poco antes, había escrito el epitafio para la tumba que le haría su marido en un solar del cementerio de esa ciudad, dando por supuesto que allí terminaría su vida. En su escrito, no hay indicios de que el marido tuviera intenciones de regresar a Argentina ni señales firmes de que el establecimiento allí se convirtiera en permanente. Francisca oscila entre una y otra resolución, aceptando las decisiones que su marido toma.

## **LAS INTERLOCUTORAS DE FRANCISCA**

Si no fuera por las referencias que se encuentran en el Censo de 1855, los datos familiares de la viajera y su marido hubieran quedado restringidos a las pocas aclaraciones del relato. Lo mismo ocurre cuando se intenta dilucidar qué parentesco o qué grado de amistad tienen las mujeres mencionadas con Francisca. Estas interlocutoras son difíciles de identificar más allá del texto a pesar de las innumerables menciones de sus nombres de pila. Cuando en la dedicatoria ella dirige su atención a *amiguitas y parientitas*, en realidad está hablándoles a mujeres adultas, a señoras de edad similar a la de ella, según consta en el Censo de 1855. Algunos

indicios se esclarecen cuando recuerda a tres amigas, nombrándolas en diminutivo y asociándolas al apellido Coco.

Al mediodía eché de menos á mis queridas amigas que sabiendo era el cumple años de mi Esposo, vinieron Dolorcitas, Lorenzita y Pepita Coco. –A pesar de la distancia brindé por todas (F.E.D.A., 1850: 143).

Esos nombres coinciden con registros del Censo de 1855. En él puede hallarse a “Josefa de Coco” (Pepita), de 44 años, soltera, de profesión costurera que convive en una “casa de azotea” alquilada, en la sección denominada “Parroquia de San Telmo”, con “Plácida de Coco”, de 46 años, también soltera y costurera e “Isabel de Coco”, de 50 años, con idéntica profesión, de estado civil viuda<sup>4</sup>. También viven allí dos niños y una niña y otra mujer joven, viuda, que tiene la misma profesión que las mayores. El oficio de estas cuatro mujeres se asocia fácilmente a varias referencias al vestuario de Francisca, ya que dice a menudo que ha sido confeccionado por sus amigas. En el desembarco en Sète trae a colación un vestido de “raso negro” que “ellas mismas tuvieron la bondad de hacerme[lo]” (F.E.D.A., 1850: 87), que reserva para ser usado en Marsella. Lo mismo señala de una capa que se ve forzada a regalar a una francesa, a pesar de que ella deseaba conservarla como amistoso recuerdo de “Dominguita”, con quien se disculpa en el relato (F.E.D.A.,

---

<sup>4</sup> Censo de la ciudad de Buenos Aires 1855. Parroquia de Sn. Telmo Cuartel N° 7. En Microfilm N° 1154368, Imagen Digital N° 4321613, disponible en <https://familysearch.org/pal:/MM9.3.1/TH-266-11775-98336-95?cc=1469065> y <https://familysearch.org/pal:/MM9.3.1/TH-266-11775-102668-82?cc=1469065&wcc=830563> Recuperados 30 de may., 2011.

1850: 98-99). También se entristece cuando el viento le arrebató en la cubierta del barco un pañuelo y unas ligas que su otra amiga “Manuelita” le había bordado con el nombre y apellido de ambas (F.E.D.A., 1850: 63-64). Las muestras de amistad y de cariño que le habían propiciado las mujeres que estaban atentas a su partida se escurren de las manos de Francisca, pero no disminuyen los efectos de *sororidad* de la relación entre congéneres presentes a lo largo de la *Memoria*. En ella, el coloquio imaginario con las amigas y parientes que se quedaron en Argentina se sostiene en los comentarios de la autora. Ellas son sus interlocutoras y el objeto de la narración es tenerlas al corriente de sus pasos, es compartir cuánto disfruta los placeres de ver lo que otras y otros aún desconocen: el ferrocarril, el progreso de las ciudades francesas, las costumbres de otros pueblos. El apellido Coco, Cocos o Di Coco aporta nuevos datos genealógicos de Francisca y de su hija, mencionada por su nombre una sola vez en la *Memoria*, que está usado en diminutivo: “Nievécitas”, y en otras ocasiones recordada como “mi infortunada hijita” o “mi querida hijita” (F.E.D.A., 1850: 8, 121). Llama la atención que siempre la refiere mediante el posesivo de primera persona y no como nuestra hija, incorporando a Anastay en la desdicha. Esto es así porque Nieves había nacido en 1813 en un primer matrimonio de Francisca con José Francisco Cocos, según consta en los datos bautismales de “María de las Nieves Cocos”<sup>5</sup>. El pasado de Francisca Espínola se desovilla en torno al apellido Coco o Cocos, que había sido el de su hija Nieves, presumiblemente adolescente al momento de morir a juzgar por la remembranza que hace de ella en Marsella cuando estaba hospedada en un hotel y en la habitación contigua:

---

<sup>5</sup> 6 de agosto de 1813 en <https://familysearch.org/pal:/MM9.1.2/MG4N-L4B/p1> Recuperado 30 de mayo de 2011.



“Estaban una señora, hermosa matrona, su esposo y una joven de 15 años, que la miraba con ternura porque me hacía recordar mi hijita” (F.E.D.A, 1850: 107).

Francisca Espínola usa a menudo un lenguaje epistolar que permite advertir que la amistad femenina es uno de los pilares de la sociabilidad de la época, un discurso habitual durante el romanticismo. Aún sin estar muy lejos del hogar se cursan invitaciones, se acuerdan negocios, se avisan encuentros, se dan condolencias a través de esquelas, que en definitiva, permiten sostener más firmes los vínculos y redes familiares y personales. La distancia, el alejamiento del solar habitual, no hace más que acrecentar la práctica. Así lo hace Mariquita Sánchez desde el exilio en Montevideo o en Río de Janeiro. Según Batticuore, Mariquita se vuelve cultora de una correspondencia voraz que intenta mantener los lazos entre la gente diseminada por distintos países, en esencia por motivos políticos. Aunque no es el caso de Francisca, vale para ella lo que la estudiosa plantea sobre el trato epistolar, señalando que éste sostiene “el deseo de *restablecer la conversación a través de la escritura*” (Batticuore, 2011: 172). Batticuore encuentra que el intercambio epistolar entre mujeres remite a la necesidad de sostener “*la vida de salón*: esto es, en la dinámica de la sociabilidad cotidiana y las visitas, en el intercambio de ideas a través de la conversación cara a cara o por escrito” (Batticuore, 2011: 177). Si bien en la *Memo-ria* de Espínola no hay señales de que ella fuera una *salonnière* a la manera de sus contemporáneas porteñas, sí queda claro que la cultura del trato impregna las relaciones entre mujeres. Como se ha visto, Francisca reduce su dedicatoria a un círculo parental y amistoso muy estrecho, donde las relaciones afectivas se presentan íntimas y confidentes, de allí que las menciones de nombres propios se circunscriban a un núcleo de mujeres que entre sí deben haber tenido comunicación frecuente y solidaria, a quienes no hace falta

ponerles apellidos porque de seguro, se conocen íntimamente. Estas redes femeninas se restringen a las mujeres de su clase, a quienes la autora reconoce como pares, ya que destaca más de una vez que las “sirvientas” son poco confiables y bastante volubles. Cuando recuerda su decisión de acompañar a Anastay las identifica como “las que no tienen lealtad ni cariño, y que con la mayor facilidad se salen y dejan a una sola” (F.E.D.A., 1850: 10-11). La imposibilidad de que alguna de sus amigas o parientes la acompañara durante la ausencia de Anastay, la hace pensar en contratar alguna mujer de servicio, pero la desconfianza que todas las sirvientas le inspiran, la determinan a viajar con su marido. En ningún momento sugiere que alguna de sus congéneres haya pertenecido a la elite porteña, y aunque menciona a Manuelita Rosas y a una tal Manuelita a secas, no hay indicios de que esté hablando de la misma persona en la segunda evocación.

La reafirmación de hermandad se presenta como un reconocimiento claro de las acciones y de las intenciones que las mujeres de su entorno han manifestado hacia ella mientras preparaba su viaje. Se han ofrecido a acompañarla en su casa o la han invitado a las propias, mientras su marido estuviera de viaje. Francisca finalmente acepta los deberes matrimoniales y decide realizar el viaje. La sumisión a las decisiones del marido muestra que ella entiende que su compromiso marital principal es subordinarse a lo que él dispone, pero que la suya es una determinación que será tomada después de considerar varias soluciones alternativas, consciente de que su postura sería respetada. Entre esas opciones, las que Francisca ha evaluado con mayor hondura son las que refieren la hermandad con mujeres conocidas, quienes serán capaces de respetar la osadía y el coraje que ella demuestra al elegir, finalmente, emprender el viaje.

## UNA EXPERIENCIA EXCEPCIONAL: EL VIAJE

Para Francisca Espínola este desplazamiento es singular, pues se traslada por única vez, sin conocer a ciencia cierta cómo iba a finalizar su periplo. Por eso subraya el protocolo de despedidas propio de la época y de la partida que se cumple antes de embarcarse. Ella dice: “fui también favorecida de otros sacerdotes y señores de distinción que me honraron con sus visitas, y de las que estuve obsequiada hasta el día mismo que me embarqué” (F.E.D.A. 1850: 81). Ricardo Cicerchia (2000) refiere a *relaciones sociales estigmatizadas* cuando revisa la mirada de los viajeros ingleses de principios del siglo XIX, sobre todo en lo referente a indios y gauchos. Incluye, entre ellas, las alusiones al *patriarcalismo* de la sociedad argentina frecuentes en casi todos los escritos que describen a las mujeres de la pampa. La *Memoria* de Espínola plasma los rasgos del patriarcalismo señalado por Cicerchia, ya que la autora recalca que sus decisiones personales se sujetan a los proyectos de su marido. Al principio, ella asegura que la determinación de acompañarlo le ha costado muchas reflexiones. Pero luego, insiste en sus obligaciones de mujer casada. En particular, las marcas de sujeción y de obediencia al “Esposo”, o si se quiere, de mediación masculina en las relaciones públicas de esta mujer que son evidentes en varias partes del relato. En muchas ocasiones la figura del cónyuge se antepone a sus acciones, en las decisiones y en las actividades relacionadas con trámites y gestiones económicas sencillas, como una compra en la feria callejera, al punto que de no contar con el marido, la intervención del sirviente es el mejor recurso para la mujer. Es notable que las referencias a su compañero habitualmente se indican con mayúscula con el apelativo “Esposo” o por el apellido Anastay, antecedido por el título “Sr. de”. La subalternancia de las mujeres a las figuras masculinas más cercanas es, en el caso de una mujer casada, hacia el esposo o hijos

varones. En ellos recaen las responsabilidades del *pater familiae*, todas las potestades y decisiones que tienen que ver con el mundo extradoméstico. Esto es evidente sin ir más lejos, en el plano legal donde la inferioridad jurídica femenina asimila a la mujer con personas menores de edad. Dora Barrancos (2000: 112-113) que ha examinado esta materia con atención cita el artículo 55 del Código Civil, puesto en vigencia en 1871, que “declaraba la incapacidad relativa de la mujer casada” y el inciso 4º del artículo 57 que “la ponía bajo la representación necesaria del marido” como indicios de la obediencia que se imponía a las mujeres.

El matrimonio llevaba como acompañante a un *serviente* que Francisca menciona pocas veces durante la travesía marítima siempre marcando su condición y lo llama por su nombre “Juan” cuando ya están en tierra francesa. Es llamativo el uso del nombre de pila para el criado y el apelativo “señor” en el resto de las menciones sobre varones embarcados. El rango relacional queda marcado cuando destaca el apellido, tal como ocurre con Juan Roqué, siempre mencionado como el *Sr. de Roqué*. Este hombre, también de origen francés, había llegado al Río de la Plata hacia 1824 y se había afincado en Córdoba (Cabrera, 1933: 138). En 1850, el Gobernador de esa provincia, Manuel López, lo comisiona para comprar en Francia las “máquinas necesarias”<sup>6</sup> para la acuñación de monedas. Del mismo modo menciona al segundo de a bordo, “el Sr. de Molé: urbano, amable, de maneras atractivas, de los mejores modales” (F.E.D.A., 1850: 33). Tanto ella como su Esposo pueden dar cuenta de las atenciones que este tripulante les brinda, a partir

---

<sup>6</sup> Términos que constan en una Nota del Gobernador de Córdoba, fechada el 18 de mayo de 1850, transcrita por Cabrera (1933: 129).

de su pericia como marinero y su buen humor. Otro apellido que aparece en la *Memoria* es el del capitán “Lamaresquier, que es inteligente, muy practico y celoso; se puede venir durmiendo, dice mi Esposo” (F.E.D.A., 1850: 141). Durante el trayecto marítimo Francisca no da indicios de que hubiera otra mujer a bordo, por eso, las referencias al contacto de ella con los hombres embarcados están mediadas por su esposo o son presentados como cargados de mesura y recato por ambas partes. El trato es siempre cortés y, a veces, se hace más informal y entretenido, tal como cuando describe momentos en los que se recrea jugando a los naipes o al dominó con alguno de los tripulantes (F.E.D.A., 1850: 21, 53 y 63), o cuando participa activamente de la vida marítima.

## RUTAS

A lo largo de la travesía por el Atlántico y por el Mediterráneo Francisca *protagoniza* todos los avatares del relato diario. Su apelación es a un registro instantáneo, de primera mano de manera similar a las observaciones hechas por Lina Beck Bernard y un poco antes que ella y que Espínola, las reflexiones hechas por Juana Manso. Ésta narra el recorrido junto a su marido en los Estados Unidos; luego, con él y sus dos pequeñas hijas a bordo de la goleta *La Antilla*, en 1848, y al final su estancia de un año en la isla de Cuba, relatos que fueron conocidos años después en *O Jornal das Senhoras* (Río de Janeiro 1852-1853 y 1855), en *La ilustración Argentina* y en *Album de Señoritas* (Buenos Aires, 1853 y 1854, respectivamente).

Francisca Espínola elabora sus textos siguiendo un esquema testimonial. Ella ve, oye y circula por donde todavía no lo han hecho sus amigas y parientes. Su voz, su presencia, sus vivencias, en muchas ocasiones cargadas de ingenuidad y candor, aparecen como experiencia vívida, no tanto como recuerdo. Esto la diferen-

cia bastante de su contemporánea Mariquita Sánchez en su obra *Recuerdos del Buenos Ayres Virreynal*. En sus *Recuerdos*, señala Mónica Szurmuk (2007: 46), “Sánchez no escribe en primera persona y no se pone a ella misma como participante de las convenciones sociales que describe”, de modo que no ocupa el rol fundamental del testigo que caracteriza a la narrativa de viajes. En todo el relato, Espínola expone sus impresiones, sus temores y alegrías, todos sus sentimientos como testimonio de haber pasado por allí, sin ningún afán de convertirse en narradora o escritora. Como señala Bonnie Frederick en su estudio sobre los hermanos Mansilla y sus relatos de viaje, las mujeres adquieren una voz autorizada para el relato porque estuvieron en el lugar descripto, “[...] la viajera fue al lugar que describe y sus lectores se quedaron en casa, ella lo vio con sus propios ojos y por eso tiene los conocimientos especiales del testigo” (Frederick, 1994: 247). La especialista Mary Louise Pratt caracteriza como “popular género de literatura de supervivencia” a los relatos que, como el de La Condamine, se ocupan de alguno de los dos grandes temas de este género: “por un lado, las dificultades y peligros atravesados; y por otro, las maravillas y curiosidades vistas” (Pratt, 1997: 45). Por su parte, Ricardo Cicerchia (2000: 14), también señala este sello: “El acontecer ordenaba el journey, el movimiento físico y la manipulación interesada de la memoria trazaban el guión”, en alusión a las crónicas de viajeros británicos sobre el Río de la Plata, en el siglo XIX,

## LA TRAVESÍA DEL ATLÁNTICO

La primera parte de la *Memoria* que coincide con el cruce del océano, se presenta a manera de diario de viaje. Durante la navegación del Atlántico la escritura sucede día tras día y, en gran medida, está destinada a registrar sus malestares físicos y los de su marido.

Aunque da a la narración un tópico religioso pronunciado, cada día Francisca alude a comentarios propios de la travesía. La autora se muestra tan inexperta respecto de las tareas marineras que todo parece llamarle la atención. Describe algunos procesos que observa desde que se embarcan, tales como la presencia del práctico de a bordo para guiar la salida del puerto de Buenos Aires, el control del velamen para conseguir mejores condiciones de navegación, los protocolos y saludos que las naves cumplen en puerto y durante la travesía. Sus explicaciones suponen un verdadero aprendizaje del vocabulario específico, porque Francisca las expone utilizando los términos propios de la marinería. El día 3 de abril señala que “las olas bañaban todo el barco; este iba ladeado, lo que llaman ir de bolina; mucha marejada y viento” (F.E.D.A., 1850: 27), lo que da indicios de que observa y anota, seguramente, las instrucciones y las tareas que hacen los tripulantes para que la nave adopte esta posición “ladeada”, para que la quilla forme un ángulo pequeño respecto de la dirección del viento y pueda lograrse el movimiento “a bolina”. O el 8 de abril cuando señala la incomodidad que le producen los balances de la nave y como hay mucha marejada y buen viento “recojen las velas y solo dejan dos para ir á la capa” (F.E.D.A., 1850: 35). Más adelante, cuando se hallan a punto de atravesar la “línea” Francisca anota los pormenores del cruce con detalles de la ceremonia iniciática para los quienes lo hacen por primera vez. Su relato está teñido de ingenuidad y aprensión que, alimentadas por las ocurrencias de los tripulantes del buque, la hacen parecer infantil e inocente para la ocasión. Comenta que como en la noche llovía y a ella no la habían dispensado de su bautismo a la madrugada se viste con ropa apropiada para presentarse ante su padrino, el capitán, improvisando incluso un velo. Pero los marineros le avisan que ya habían cruzado el Ecuador mientras dormían. Ante la advertencia de que igualmente la mojarían si no les hacía algún

presente, decide llevarles “varias frioleras de dulce y unos cigarros,” a la hora del almuerzo y ellos igual la mojan “bien que con finura, con unos vasitos de agua” (F.E.D.A., 1850: 43).

## **LAS TRAVESÍAS POR FRANCIA: UNA NUEVA FRONTERA**

Como se ha visto, la misión de acompañante que trasunta el viaje de Francisca hace que su relato se encadene con las decisiones que toma su marido. El libro, que se inicia con cierta incertidumbre respecto del regreso se manifiesta en la *Despedida* como una aceptación del posible exilio, hacia el final, cuando Francisca hace un reconocimiento del lugar donde se levantará su tumba en el cementerio de Marsella. El cometido inicial del viaje se va transformando en el relato en aceptación de una larga radicación en Francia. Señala que su marido le dice “[...] que si se pudiera ir á Buenos Aires por camino de hierro, iríamos y traeríamos á pasear por unos meses, unas veces á las amigas, otras á las parientitas” (F.E.D.A., 1850: 132), ya que no tiene contacto con personas que hablen español. Este carácter de similitud con los usos y costumbres del lugar que se visita, tan presente en el registro del popular adagio *Al país que fueres haz lo que vieres*, expuesto en varias partes del relato de Francisca, dan cuenta de lo que Christian Kupchik (2008), en su análisis sobre la moral del viaje, plantea como *nueva frontera* o búsqueda de equilibrio entre lo que se ha dejado y lo que se está conociendo, que no es más que “[...] pasar desapercibido, escapar a la asignación de los convencionalismos de los cuales se huye para resignificarlos” (Kupchik, 2008:76) .

El enmascaramiento como esposa abnegada que legitima su relato durante la travesía atlántica adquiere otro matiz en las páginas donde narra los recorridos por las ciudades que visitan. Sin abandonar la idea de la sumisión a las decisiones de su cónyuge, el relato se tiñe



de imágenes descriptivas sobre lo que ve, oye y le explican. Utiliza un lenguaje ameno propio de una viajera preocupada porque no se le escape ningún detalle de los sitios que recorre. Hace hincapié en temas cotidianos, con descripciones francamente orientadas a que sus interlocutoras bonaerenses se representen los panoramas naturales y urbanos que ella está viendo, como si su relato fuese expuesto en una tertulia, bañado por una pátina coloquial algunas veces, epistolar las otras.

En los últimos días de mayo, al desembarcar en *Cetta (Sète)*, la primera población francesa que conocerá, situada en el centro de la escena, une el consejo sobre moda de “unas amiguitas” que en Buenos Aires “me dijeron que desembarcara con vestido de raso negro” con la narración de su elección: “un traje de seda, borra de vino, baston de aguas” (F.E.D.A., 1850: 87-88). La descripción de todo el atuendo incluye el recuerdo de los obsequios de sus amiguitas: “unas ricas medias caladas”, “un pañuelo de seda color de guinda floreado de colores” y “una bonita gorra de paja forrada en raso del mismo color, así como las cintas, flores y perlas de que estaba adornada” (F.E.D.A. 1850, 87-88). Este desembarco, verdadero bautismo en tierras europeas, es el único que Francisca registra en su libro porque el periplo sigue, ferrocarril mediante, en Montpellier y Nimes para establecerse, al final, en Marsella. La referencia explícita a la moda es una de las pocas en las que su feminidad coincide con la imagen doméstica adjudicada a las mujeres argentinas de su tiempo. Sugiere Masiello que a ellas se las situaba en “El vasto mundo de las emociones y de los sentimientos” considerándolas “ángeles del hogar, [que] debían ser las custodias invisibles de la nación” (Masiello, 1997: 76). También denota el sentido de hermandad entre congéneres que es frecuente entre las que destinan sus vidas a la formación de una familia. En el mundo privado, en el seno del hogar, ellas suman sus hábitos, sus conocimientos y se sostienen emocionalmente.

En la segunda parte del relato, a partir del descenso en el puerto francés su mirada se vuelca al mundo exterior. Cuando describe los paseos, las procesiones, las costumbres y los entretenimientos en las ciudades, Francisca descuida la periodicidad de la narración y se ocupa de reunir imágenes más profundas y detalladas. Apela más a su memoria y a las impresiones que le producen los sitios que observa; relega las letanías que había incluido antes y acumula muchas reflexiones, tratando de dar cuenta de sus flamantes experiencias. Una de las novedades que halla la autora en Francia es el *chemin du fer*, medio aún desconocido en el Río de la Plata. Las primeras líneas férreas extendidas entre Plaza Lavalle y la Estación La Floresta (en la actualidad, ambas dentro del ejido de Capital Federal, con un recorrido de diez kilómetros de distancia) fueron inauguradas en 1857, siete años después de la publicación de la *Memoria*. La semblanza que ella hace de sus sensaciones está dirigida a sus amigas, para que puedan comprender cómo se viaja en tren. El primer recorrido de Cetta a Montpellier es un viaje de aproximadamente unas tres horas, al anochecer, trayecto que a Francisca se le hace muy corto porque se interesa en numerosos detalles: la cantidad de pasajeros por coche, el confort que ellos tienen, el andar sobre las vías de un movimiento “tan sereno que se puede llevar un vaso de agua en la mano” (F.E.D.A., 1850: 95), lo novedoso de la velocidad y el efecto inesperado que ésta produce. Asimismo, describe las instalaciones de los vigilantes o banderilleros, a una legua entre sí y las estaciones donde “unas personas esperan para agregarse al convoy, y otras se apean de los coches para tomar diferentes direcciones (F.E.D.A., 1850: 95)”.

En el trayecto a Nimes describe con más detalle la composición del tren, “vi que eran ocho coches enlazados los unos á los otros además de la maquina (locomotor) donde va el fuego y el carretón de equipages” (F.E.D.A., 1850: 101) al mismo tiempo que estima

en doscientos la cantidad total de pasajeros, multiplicando la cantidad de asientos por vagón, el número de éstos y los conductores y maquinistas que se ocupan de la formación. El último recorrido que hace entre Nimes y Marsella la muestra habituada a este medio de transporte, pero atribulada por el traqueteo del tren que alcanzaba mayor velocidad y muy asustada al cruzar los innumerables túneles en una geografía tan diferente a la llanura pampeana por ella conocida. Entonces repite lo que le han contado sobre la construcción del ferrocarril cuando el relieve está obstaculizado por cerros altos que han sido taladrados para que las vías los atravesaran. Anota Francisca: “viajando por el camino de hierro generalmente no hay subidas ni bajadas, pero tan pronto se va sobre puentes elevadísimos como se pasa por debajo de tierra” (F.E.D.A., 1850: 106). Sus descripciones son emotivas para influir en la imaginación de sus lectoras, por eso puede narrar *el susto* que tuvo dentro del túnel y de inmediato retratar el *corto almuerzo* realizado sobre el tren.

La voz de la narradora es similar a la que Adolfo Prieto descubre en *Travels in Chile and La Plata* del viajero inglés John Miers (Londres, 1826), que “recompone un tipo de acontecer pautado por secuencias cronológicas” [por lo que] “rara vez excede la anotación del movimiento físico del viaje” (Prieto, 1996: 30). El relato es descriptivo, riguroso en los detalles, con una atención mucho más ligada a los objetos que a las personas, aunque a veces trasluce referencias a usos y costumbres que contrastan bastante con las que Francisca trae de su tierra nativa. El carácter literario inconfundible de los relatos de viaje se cimienta, precisamente, en el predominio de la descripción por encima de la narración, señala Luis Alburquerque García en su estudio sobre la evolución del género: “El discurso se represa en la travesía, en los lugares, y en todo lo circundante (personas, situaciones, costumbres, leyendas, mitos, etc.)” (Alburquerque, 2011: 17). La mirada de Francisca se posa en los itinerarios cuando se

trata de desplazarse de un sitio a otro, se detiene en monumentos, templos, calles y parques cuando visitan alguna ciudad o curiosean en las prácticas y usanzas de la gente con la que se cruza en sus recorridos diarios. En el tiempo de la escritura de su texto, plantea un punto de vista ajustado al de una turista que, aunque a veces supone que deberá asentarse en Marsella, observa sitios y personas a sabiendas que su estancia en el lugar será breve.

Al mismo tiempo que Xavier Marmier caracteriza a Buenos Aires por sus rasgos de *ciudad inacabada y uniforme*, Francisca admira los adelantos de las ciudades europeas. Para el viajero francés, Buenos Aires se presenta como una ciudad baja, con casas muy similares entre sí, parejas en su aspecto exterior: “un piso bajo con ventanas de hierro que dan sobre la calle” (Marmier, 1948: 19). Estas viviendas que se comparan con *dados*, de fachadas grises, sin embargo, tienen en su interior varios patios que el viajero alaba por su arbolado y la sombra aprovechable en ellos. En contraste con las apreciaciones de Marmier, los aspectos que llaman profundamente la atención de Francisca en Sète, Nîmes, Montpellier, Aix y Marsella son las fuentes de agua y el aseo de los paseos, las calles empedradas, los hoteles lujosos, los templos de gran antigüedad. Sus observaciones son minuciosas pero su mirada suele estar simplificada y sujeta a los detalles que su marido, a veces, y el señor de Roqué o los lugareños en otras ocasiones, le hacen notar. En una excursión hecha en Montpellier observa que desde una fuente ornamentada se hace llegar agua a toda la ciudad “por medio de conductos de hierro” (F.E.D.A., 1850: 96). El servicio de aguas que tanto sorprende a la viajera se hacía en Buenos Aires con carros de reparto que la entregaban en las casas que lo requerían o mediante aljibes domiciliarios. Provenía del Río de la Plata, pero no llegaba a las viviendas como aguas corrientes. No es extraño, entonces que Francisca preste atención puntual al saneamiento de las ciudades,

sobre todo porque las fuentes a la vez que proveen de agua adornan calles y paseos. En Montpellier destaca que el servicio llega a cafés, fondas y también a casas de familia. Similares apreciaciones escribe en Marsella, donde encuentra fuentes de agua potable “sencillas y hechas simplemente para el servicio público” (F.E.D.A., 1850: 120) y otras lujosas, con esculturas llamativas, que están emplazadas en paseos y avenidas. En Buenos Aires harán falta veinte años más para que las aguas corrientes se conviertan en una preocupación de las autoridades. Es a comienzos de la década de 1870 cuando se estrenan las primeras cañerías distribuidoras, que en el radio céntrico de la ciudad proporcionan agua potable a unas 40.000 personas, tendido que, aunque importante, resultará insuficiente. Las obras incluyen también desagües, cloacas y el adoquinado de calles, que hasta ese momento son anegadizas y reciben basura y desechos de todo tipo, provenientes de las casas de familia o de las incipientes industrias afincadas en la ciudad.

En Marsella, ciudad más populosa que las anteriores, Francisca pone atención en la arquitectura y en el trazado urbano que se le representa más moderno que lo que ya ha visto. Ella describe la disposición ordenada de las casas y la elegancia de sus interiores. Detalla también las mejoras que en calles y aceras permiten una circulación simultánea de peatones y carruajes menos problemática que la que se produce en su ciudad de origen. Destina varias páginas a comentar cómo es la vida en esta ciudad de “200.000 habitantes”, que advierte tan diferente a su Buenos Aires natal, que hacia 1852 posee alrededor de 85.000 habitantes. Es interesante ver como la autora de la *Memoria* observa con habilidad el orden de las calles y explica la alineación de las casas que tienen cuatro o cinco pisos y fachadas de piedra. El piso de las calles, de sólido empedrado y con pendientes bien emplazadas le hace pensar en las diferencias y semejanzas con su ciudad de origen, por la higiene que presentan,

donde el agua que sobra de las fuentes cumple un rol importante, pues permite regar con frecuencia y asentar el polvo que genera el tránsito de carruajes y personas. Francisca pone su atención en las veredas embaldosadas, aunque encuentra imperfectos los umbrales que a veces ocupan buena parte de ellas, “[...] imperfección que á esta fecha creo no se vera en mi patria, según las reformas que á mi salida estaban ya emprendidas bajo la direccion de nuestro sabio y celoso Gobierno” (F.E.D.A., 1850: 118-119). Atenta y observadora de la topografía de los sitios que visita, Francisca Espínola relata cada paseo o recorrido que hace con pinceladas que casi siempre matizan las referencias sobre lo que está viendo con sus símiles porteños. Figuras retóricas que la autora emplea de continuo como la “*evidentia* («poner ante los ojos»)” (Albuquerque, 2011: 23) son uno de los rasgos que legitiman su relato. Las reseñas históricas también forman parte de la narración cuando el matrimonio realiza excursiones por sitios que tienen edificios de la época romana, como la Casa Cuadrada, el anfiteatro, el templo de Diana y la Torre, en Nîmes. La descripción es minuciosa y la “cronografía” (Albuquerque, 2011: 23), aparece en las imágenes explicativas de lo que se está viendo: la antigüedad de los edificios o lo que ha quedado de ellos y la disposición de sus dependencias, enumerados para dar cuenta de los hechos que allí han ocurrido. Sobre el anfiteatro, uno de los principales atractivos de Nimes, explica Francisca que:

[...] es de figura circular, de un diámetro considerable y de una elevacion como la pirámide; tiene espaciosas galerias, aun se reconocen bien por partes las graderias y los palcos incluso el del emperador, y en todos sus asientos se colocaban veinte y cinco mil personas. Hay una pieza, que entonces servía de prisión, donde encerraban á los cristianos, y por una puerta del lado opuesto entraban en

jaulas de hierro los animales más feroces; ponían á unos cuantos cristianos en la plaza y les echaban las fieras para que les devorasen; esta era una de las principales diversiones de los Romanos” (F.E.D.A., 1850: 103).

En las primeras ciudades recorridas las visitas y paseos son breves pues la estadía en ellas es de un par de días. En ellas, el matrimonio se halla en tránsito, pero aprovecha el tiempo para algunos objetivos menores del viaje, como el de consultar un médico que pueda solucionar los “males” que Francisca dice tener desde mucho antes. Tiempo después, el matrimonio realiza una visita a la hija de Anastay, residente en Aix y van a conocer los baños termales. Esta experiencia, nueva e incomparable también le merece consideraciones puntuales. Describe el edificio y su mobiliario y explica el procedimiento ya en los baños:

Cuando se presenta un caballero con su señora le ofrecen una pieza que tiene por nombre *bains jumeaux* porque hay dos baños en la misma, y en ella se hallan dos sillas, dos sábanas y una bata blanca de hilo muy larga para entrar en el baño; estos son de piedra marmol, y el agua, naturalmente tibia, viene a ellos por medio de unos conductos ocultos que no presentan más que una llave, y con esta no se deja llenar el baño sino hasta la altura que se quiere, así como un resorte que hay en el fondo permite la salida del agua, y de este modo se cambia á voluntad. Este baño es muy agradable al cuerpo y sin embargo temía al principio dar vuelta de la llave, pero despues entregaba resueltamente mi cabeza al chorro que sale con mucha fuerza. Estaba yo cuidadosa de que Anastay no se quedase dormido, y á pesar de estar tan cerca le gritaba

diciendole que se agarrara del borde del baño para poder verle la mano (F.E.D.A., 1850: 130-131).

En Marsella comenta la circulación de transportes por la ciudad y la región, mostrando su sorpresa porque los caballos se usan muy poco, salvo para paseos de “gran lujo” que hacen señores y también señoras. El trato que los peones dan a los animales y el esmero con que los atienden llaman tanto su atención así como el trabajo de las “lecheras” que pasan con dos o tres vacas, burras o cabras, se detienen en las casas donde son llamadas y ordeñan sus animales, vendiendo así la leche “bien calentita” (F.E.D.A., 1850: 121-123). También, describe el puerto “de grande comercio,” capaz de albergar más de mil barcos por día y el pintoresquismo de las embarcaciones de paseo que se hallan en la zona (F.E.D.A., 1850: 120-121). La enumeración de costumbres cotidianas, como las de ferias de frutas y verduras, se describen desde el momento del desembarco. En Cète, a la mañana siguiente del arribo, Francisca se encuentra con una feria donde varias hileras de puestos destinados a la venta de frutas y verduras le muestran mercancías tan variadas, que ella señala su desconocimiento respecto de algunos productos. Casi siempre utiliza imágenes comparativas a lo conocido en el Río de la Plata, como cuando intenta probar el tamaño de unas guindas semejantes en volumen a los “durasnitos de la Virgen” (F.E.D.A., 1850: 91), una especie de duraznos pequeños, que en el Río de la Plata sazonzaban los primeros días de diciembre, por lo que se los asociaba a la Concepción de María. El uso de locuciones regionales es frecuente en los paralelismos que la autora traza y se aplican con el fin de facilitar la comprensión de sus lectoras.



## PEREGRINACIONES

Las evidencias sobre la religiosidad de su autora sobrecargan la *Memoria*. Para la argentina, temerosa por lo desconocido de la travesía marítima, las adversidades del viaje se solucionan porque van “Maria Santisima, mi Madre y Señora de los Desamparados, con su querido Hijo, de pasagera en esta nave” (F.E.D.A., 1850: 82). Las manifestaciones de piedad personal de Francisca y su marido son continuas, como puede notarse en el registro que hace día tras día, durante el cruce del océano. Francisca demuestra un particular sentimentalismo religioso, que según Michela di Giorgio, se manifiesta dentro del núcleo familiar antes que en los rituales en templos o procesiones. La historiadora explica que “el modelo femenino católico es exclusivamente el de la esposa y el de la madre” (Di Giorgio, 1993: 188). Francisca Espínola lo expresa en los ritos diarios, en particular con las oraciones nocturnas y con el registro de los avatares que sufren las imágenes del altar que lleva desde Buenos Aires. Señala Dora Barrancos que el influjo de la iglesia católica es muy fuerte a mediados del siglo XIX y en consecuencia se considera a la familia como el núcleo básico de la sociedad: “El ideal de la madre como figura excepcional tuvo mucho que ver con los dogmas católicos de 1850 y 1854” (Barrancos, 2007: 104), dogmas que sacralizaron a la Virgen María y que dieron lugar a un extendido culto *mariológico*. Espínola se presenta con frecuencia como una mujer piadosa que atiende no sólo al culto a la Virgen María sino a una gran cantidad de santas y santos que la acompañan en sus ruegos y consuelos. Los incorpora en el relato mediante alusiones diarias al Santoral y en algunas anécdotas y comentarios que introduce como prueba del cumplimiento de los ritos católicos, para evidenciar que sus prácticas no han perdido continuidad desde que se embarcaron.

En tierra firme, el recorrido francés coincide con las procesiones de *Corpus Christi*, festividad que se celebra los primeros días de junio, el jueves siguiente al octavo domingo después de pascua de resurrección. El *Corpus* de Marsella (F.E.D.A., 1850: 108-115) es el que la autora describe con mayor detalle. Lo hace mediante descripciones del ritual y de los adornos para el culto al Santísimo Sacramento que observa durante varios días consecutivos: la decoración y el aseo previo en las calles que recorrerá la procesión; el arreglo de los altares con bordados hechos a mano por las jóvenes del lugar; los doseles adornados con figuras de ángeles y guirnaldas florales; los protagonistas de la procesión, sus hábitos monacales o festivos, en el caso de personas comunes; el paso de congregaciones, hermandades, grupos escolares y laicos e incluso los penitentes, de “larga túnica ajustada a la cintura con un cordón y del cual llevan pendiente un grande rosario,” con “una capilla muy alta y muy puntiaguda que les cubre la cabeza y rostro” (F.E.D.A., 1850: 112). Es interesante la minuciosidad con la que contempla los ritos cristianos de la Provençe durante su marcha por las ciudades de la región. En el universo de la peregrinación por las calles francesas nada parece escapar a la mirada atenta y emocionada de Francisca, que no ahorra palabras cuando quiere poner en evidencia su acendrada fe cristiana. Su predisposición a demostrar que su vida espiritual está por delante de toda otra inquietud es tan notoria que necesita comentar cada evento religioso del que participa, ya sea el encuentro de un sacerdote español que le permite una confesión apropiada (F.E.D.A., 1850: 116-117), la asistencia diaria a misa o las peregrinaciones realizadas, que constan como primera actividad en cada ciudad visitada.

## PARA COMPARTIR EXPERIENCIAS

La *Memoria del viage a Francia de una argentina de la provincia de Buenos Aires*, finalmente, es un libro que puede ser leído como un compendio de cartas, que son –al igual que las cartas femeninas estudiadas por Magdalena Arnoux– que prueban los esfuerzos de [...] un número importante de «nouveaux lettrés», que consiste en poder expresar las propias emociones a través de la palabra escrita” (Arnoux, 2011). Es una edición de unos pocos ejemplares, casi seguro, destinados a estrechar los vínculos entre mujeres que han tenido que separarse temporalmente y que necesitan compartir sus experiencias y sus sentimientos, lo que coloca a su autora en una situación pública inconveniente. Francisca Espínola ruega a sus “[...] parientitas y amiguitas, no hagan publico este escrito, leyéndole privadamente, atendida su desnudez” (F.E.D.A., 1850: 101). Sin embargo, en la actualidad su libro ilustra la extensa tarea memorialista que ella hizo y permite reubicarla como una escritora *ad hoc* en el corpus mayor de la narrativa argentina legada por viajeras y viajeros.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBURQUERQUE GARCÍA, Luis (2011), “El ‘relato de viajes’: hitos y formas en la evolución del género” en *Revista de Literatura*, enero-junio, LXXIII, 145, 15-34.
- ALLOATTI, Norma (2011), “Memoria del viage a Francia: Experiencias de una viajera argentina del siglo XIX” en *Decimonónica. Revista de Producción Cultural Hispánica* Vol. 8, Núm. 1 Winter/Invierno, 1-25. Disponible en
- ARNOUX, Magdalena (2011), “Contribución a la genética de la correspondencia privada: análisis de cartas de mujeres del siglo XIX” en *EscriturAL Écritures d’Amérique latine*, 4, Octubre.

- Disponible en <http://www.mshs.univpoitiers.fr/crla/contenidos/ESCRITURAL/ESCRITURAL4/>
- BARRANCOS Dora (2000), “Inferioridad jurídica y encierro doméstico” en Gil Lozano, F., Pita, V.S. e Ini, M.G. *Historia de las mujeres en la Argentina* Tomo I. Colonia y Siglo XIX Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- (2007), *Mujeres en la Sociedad Argentina Una historia de cinco siglos*. Buenos Aires: Sudamericana.
- BATTICUORE, Graciela (2011), *Mariquita Sánchez: bajo el signo de la revolución* Buenos Aires: Edhasa.
- CABRERA, Pablo (1933), “La amonedación en Córdoba” en *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*. Año XX, N° 9-10, Córdoba, noviembre-diciembre.
- CENSO de la ciudad de Buenos Aires (1855). Disponible en <https://familysearch.org>
- CICERCHIA, Ricardo (2000), “De diarios, mapas e inventarios. La narrativa de viaje y la construcción de la modernidad.” 19<sup>th</sup> International Congress of Historical Sciences, University of Oslo, 6-13 Agosto. <http://www.oslo2000.uio.no/program/papers/s17/s17-cicerchia.pdf>. Web. 1.
- F.E.D.A. (1850), *Memoria del viaje a Francia de una argentina de la provincia de Buenos Aires* Marsella: Carnaud.
- FREDERICK, Bonnie (1994), “El viajero y la nómada: los recuerdos de viaje de Eduarda y Lucio Mansilla” en Fletcher, Lea (comp.) *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX* Buenos Aires: Feminaria, , pp. 246-51.
- GARAVAGLIA, Juan Carlos (2007), *Construir el Estado e inventar la Nación: el Río de la Plata, siglos XVIII-XIX* Buenos Aires: Prometeo.
- GIORGIO, Michela di (1993), “El modelo católico” en *Historia de las mujeres* dir. Fraisse, Geneviève y Perrot, Michelle Madrid: Santillana. Tomo 4 “El siglo XIX”.

- ÍNDICE del Archivo del Departamento General de Policía (1860), desde el año 1831, Tomo 2º. Buenos Aires: Imprenta de la Tribuna.
- KUPCHIK, Christian (2008), “Las máscaras del movimiento (Hacia una moral del viaje o itinerarios por la inmensidad íntima).” *Derroteros del viaje en la cultura*. Ed. Sandra Fernández, Patricio Geli y Margarita Pierini. Rosario: Prohistoria ediciones.
- MARMIER, Xavier (1948), *Buenos Aires y Montevideo en 1850*. Trad., pról. y notas. José Luis Busaniche. Buenos Aires: El Ateneo.
- MASIELLO, Francine(1997), *Entre civilización y barbarie. Mujeres, Nación y Cultura literaria en la Argentina moderna*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- MISERES, Vanesa (2010-2011), *Trazos de nación: mujeres viajeras y discurso nacional (1830-1910)*. Diss. Vanderbilt University, 2010. Nashville: Vanderbilt Libraries, 2011, Disponible en: <http://etd.library.vanderbilt.edu/available/etd-10192010-115639/unrestricted/miseres1.pdf>
- PILIA DE ASSUNÇÃO, Nelda; RAVINA, Aurora y LARRANAGA, Mónica (1999), *Mayo de 1810: entre la historia y la ficción discursivas* Buenos Aires: Biblos.
- PILLADO, Antonio (1864), *Diccionario de Buenos Aires, ó sea guia de forasteros* Buenos Aires: Imprenta del Porvenir.
- PRATT, Mary Louise (1997), *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Bernal, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- PRIETO, Adolfo (1996), *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina. 1820-1850*. Buenos Aires: Sudamericana.
- SALVATORE, Ricardo (1998), “Consolidación del régimen rosista (1835-1852)” *Revolución, república, confederación (1806-1852)*. Nueva Historia Argentina 3. Dir. Noemí Goldman. Buenos Aires: Sudamericana.

SZURMUK, Mónica (2007), *Miradas cruzadas: narrativas de viaje de mujeres en Argentina 1850-1930* México: Instituto Mora.  
TERNAVASIO, Marcela (2009), *Historia de la Argentina 1806-1852* Buenos Aires: Siglo XXI Editores.